

Estos grupos se hacen llamar danzas chicano-aztecas y llevan nombres que hacen referencia al mítico origen de los mexica y de sus ancestros culturales: Toltecas en Aztlán, Chicomoztoc y Mexicáyotl, y a los dioses nahuas, como Xipe Totec y Zitlalli. Buscan mantener vigente un catolicismo popular, en el que la Virgen de Guadalupe tiene una importancia mayor, y al mismo tiempo reafirmar su identidad cultural. También participan en festivales promovidos por agrupaciones chicanas, donde el folclor mexicano y los símbolos nacionales como la bandera, el himno nacional, el charro y la cultura azteca son fundamentales. Los concheros se convierten así en símbolo de resistencia cultural ante la agresión ideológica de que son objeto en ese país. Cabe destacar que debido a la problemática chicana algunos de estos danzantes militan en organizaciones muy politizadas. A pesar de la distancia, los danzantes chicanos no pierden sus vínculos con las mesas de los grupos mexicanos, pues mantienen redes rituales. Acuden principalmente a la festividad de la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre en la Villa e integran a danzantes que migran en busca de trabajo, permitiendo con ello la continuidad de la tradición.

En la ciudad de México, a finales de la década de los setenta se observan ya al interior de la danza conchera elementos prehispánicos musicales, en tanto que en el vestuario se exalta a los guerreros aztecas. El uso de la enagüilla se va reduciendo a los grupos más conservadores, que mantienen sus rituales dentro de un catolicismo popular: participan en procesiones y fiestas patronales de los pueblos y realizan peregrinaciones a los principales santuarios. Al mismo tiempo se ve fortalecida y ampliada su compleja red